

judaísmo que, al criticar la noción del tiempo cíclico prometió, a unos pocos, la solución de las contradicciones de la historia al final de la misma, dando paso así al nacimiento del tiempo lineal.

De nuevo es el pensamiento crítico, pero en este caso nacido en el seno del pensamiento político liberal, el que, desde el siglo XIX, y sobre todo a lo largo de este siglo, ha ido deslindando ideas de creencias. Al hacerlo ha confrontado al pensamiento revolucionario con el tiempo, ya que éste, en su encarnación social, la historia, es el terreno de su prueba. Paz nos aclara que el liberalismo no ofreció nada a cambio «y circunscribió la religión a la esfera privada», fundando la libertad «sobre la única base que puede constituirla: la autonomía de la conciencia y el reconocimiento de la autonomía de las conciencias ajenas». Pero ¿a qué nos enfrenta el liberalismo? A la distancia entre libertad y fraternidad, «una distancia que el liberalismo no ha podido anular». Quedan en pie varias preguntas en verdad preocupantes: «La fraternidad, la cuestión del origen y la del fin, la del sentido y el valor de la existencia» ¿Dónde halla las respuestas? Aquí volvemos a la poesía. Algunos críticos de este libro han visto, en esta creencia de Paz en la poesía como portadora de respuestas a los males que nos acucian, un pensamiento demasiado vago, algo así como el espíritu que animaba a Shelley en *Defense of poetry* (1828). La verdad es que no hay modo, al menos yo no veo que a sus grandes defensores se les ocurra, de hacer recetas, leyes y normas de conducta deducidas de la poesía. No creo que sea posible, ni necesario. Claro que se podría presentar todo con un lenguaje más retorcido, lleno de neologismos y fundamentándose en las piruetas de la filosofía... pero no es, precisamente, ese el fundamento. Paz nos dice algo al respecto. A riesgo de seguir simplificándolo —cuando lo más fácil y claro es leerlo directamente— me arriesgaré a glosarlo.

Por una parte, Paz ve en la caída del mito revolucionario, la posibilidad de repensar los principios que han fundado nuestra sociedad. Por otro lado nos recuerda la enseñanza de Kant de que una moral no puede fundarse sobre la historia, precisamente porque la historia es cambio y movimiento y ni siquiera sabemos si su fluir obedece a leyes o caprichos. Y las morales fundamentadas en meta-historias, cualquiera que sea su signo, «estrangulan la libertad y acaban por corromper la fraternidad».

Nuestros días nos enfrentan a un despojamiento de las ilusorias respuestas que se han dado al sentido de la historia y que han dominado, sobre todo, a los políticos y a los intelectuales. Han caído los monopolios de los grandes bloques y crece la confianza en las democracias liberales como respuesta a las demandas de libertad y justicia. Sin embargo, como señala Paz pensando en las democracias capitalistas avanzadas, el mercado es circular y no conoce de valores. Además, la creencia en el progreso indefinido se ha desmoronado: era una idea judaica alimentada por el positivismo que los productos mismos del progreso han aniquilado. La bomba atómica, nos dice Paz, ha hecho trizas el futuro. Es, tal vez, la única respuesta positiva de esta arma amenazante a nuestro mundo, que nos ha devuelto al presente. ¿Pueden la política o la filosofía darnos una conciencia lúcida del ahora? ¿Pueden ellas ser

el fundamento de nuestro tiempo? Paz cree que han de nacer una moral, una política, una erótica y una poética del tiempo presente. En *Pequeña crónica de grandes días* (FCE, 1990), observa que en el terreno de la política la solución puede estar en la herencia, trascendida, del socialismo y el liberalismo democráticos. Es ya el camino de algunos países europeos, aunque aún estén lejos de haber alcanzado un momento óptimo. En cuanto a la poética, la obra de Paz está llena de respuestas y en este mismo libro encontramos fragmentos de ellas: una, saber que al proclamar el presente como espacio de la presencia hace evidente a la gran escamoteada de nuestro tiempo, y sin la cual la vida es un verdadero simulacro, la muerte. El instante presente se abre a los sentidos; es más, el mundo de los sentidos es siempre el presente, no puede ser de otra manera. «El presente es el fruto en el que la vida y la muerte se funden.» Lo que late en el fondo de todo poema es lo que en *Conjunciones y disyunciones* ha llamado el signo cuerpo. Este presente que en la poesía es exaltación de la presencia es, no una idea, sino un tiempo puro; no una medida de tiempo, sino el mero y único transcurrir. El ahora es la encarnación del tiempo frente al pasado o el futuro, que son tiempos descarnados, salvo cuando se reúnen, como quería Eliot, en el tiempo presente. Si en *Los hijos del limo* Paz definió a la vanguardia como un arte de la ruptura, hoy, nos dice, comenzamos a vivir un arte de la convergencia.

Las alianzas de la poesía del siglo XX con la política han sido dramáticas. No es nueva la crítica de nuestro autor a los «poetas comprometidos», cuyos «autores estaban demasiado cerca de la noticia y muy lejos del acontecimiento». En realidad, lleva luchando cincuenta años contra el embrutecimiento de la imaginación en brazos de doña Ideología. Pocos de los poemas comprometidos con una ideología, de Neruda, Eluard, Alberti, Auden u otros, pueden ser leídos hoy. No es que no pueda haber ideas políticas en los poemas, tampoco que no haya en ellos, aunque no es conveniente, ideología —la hay en el Eliot de *Four Quartets*, por ejemplo, y no deja de ser uno de los poemas mayores de nuestro siglo. Algún crítico le ha achacado a Paz esta censura a la poesía comprometida aduciendo que él mismo, en su prosa, desarrolla una función ideológica. Es una crítica que no se sostiene: toda la literatura política está escrita en prosa... y no pretende ser arte, sino que se escribe en función de las ideas. La poesía lo es a pesar del pensamiento del autor, cuando el poeta tiene el suficiente talento para superar al ideólogo (que suele ser siempre muy menor). Esto quedó claro en *El arco y la lira*, un libro que debería ser más leído por los poetas españoles e imaginado que también por los albaneses y los ecuatorianos. El poema, cuando lo es, está muy por encima de la voluntad de servicio del ideólogo; sin embargo, la mayoría de la poesía «comprometida» de este siglo es, en los mayores casos, andamiaje retórico para sostener una idea —generalmente nacida del realismo socialista y su estética—. También se han escrito muchos poemas católicos, es cierto, pero que yo sepa, sólo han logrado ser grandes aquellos que superan el catecismo y su moralina. La poesía política de nuestro siglo, me pregunto, ¿ha superado el catecismo marxista, leninista, stalinista, fascista?

Obviamente, Paz no ve que la poesía actual ni la venidera tengan una misión política en el sentido ideológico de esta palabra. Dice que las posibilidades de la poesía, de su comunión, no se han acabado, sino todo lo contrario, pueden aprovechar los nuevos medios de comunicación. Al fin y al cabo, la poesía estaba mucho antes que las ideas de modernidad, técnica, revolución, futuro, comunicación, etc. Sus cambios afectan a los poetas, también a lo que se dice en los poemas, pero no a la poesía misma. Frente a la vana circularidad del mercado, Paz propone encontrar un camino de fraternidad, y es lógico que encuentre, en los latidos más hondos del poema, esa respuesta que une mundos, que rima y ritma universos distantes, que congrega en la página y en el oído a lo uno y a lo múltiple; la estética del poema puede ser una ética. En la voz de la poesía no hay recetas, ni dogmas políticos; su fundamento, surgido en la historia, es transhistórico. La otra voz es defendida por Paz como «la voz del hombre que está dormido en el fondo de cada hombre». ¿Cómo no recordar ese magnífico libro de Norman Brown, *El cuerpo del amor*, donde también se apunta esta dirección de la capacidad de la memoria poética para despertar las realidades reprimidas y mostrarlas en su más alta vivacidad? Es otro de los libros que deberían ser obligatorios en las universidades. Paz escribe que la mayoría de los pensadores clásicos leyeron con atención a los poetas y que lo mismo deberían hacer los modernos. Sin oír la voz *otra* del poeta, nuestra sociedad —se colige de este libro— y la futura carecerán de verdadero fundamento. Octavio Paz ha logrado con este sencillo y sabio libro (su sencillez forma parte de su sabiduría) continuar las reflexiones que inició hace ya cuarenta años, y situar la poesía en el lugar que debería tener. La ha situado en un espacio imaginario, como corresponde a alguien que reflexiona. Nosotros deberíamos descubrir ese espacio, encarnarlo.

Juan Malpartida